

morder no puede, dice San Bernardo: no se atreverá con nosotros, no nos acometerá, si no nos acercamos á él, si no nos ponemos en sus garras, si no nos metemos en su boca. Como lo intente, como se abalance por su audacia, por su malicia, por su rabia, el santo arcángel le contendrá, tirándole de la cadena y amenazándole con el azote.

Con el mismo os amenaza á vosotros, impíos y sacrílegos profanadores de las cosas santas, porque es el defensor de la Religion y de la Fe; con el mismo os amenaza á vosotros, blasfemos, soberbios y orgullosos, porque en él está simbolizado el triunfo de Dios y de su culto; con el mismo en fin os amenaza á vosotros, seductores de la inocencia, perseguidores de los buenos, escandalosos y malvados, que hacéis con vuestros hermanos el oficio del diablo, instigándolos, provocándolos y enseñándoles á pecar. ¡Ay de vosotros, dice Jesucristo en el Evangelio de este día! *mejor os fuera no haber nacido!* ¡*Mejor os estaria, si os atasen al cuello una piedra de molino y os lanzasen á lo profundo del mar!*

Y vosotros, buenos cristianos, no temáis ni en la vida, ni en la eternidad, ni por la Religion, ni por la Fe: confiád, esperád, rogád al santo arcángel, que es el capitan, el jefe superior de los ejércitos celestiales, y triunfará de todo y en todo tiempo por vosotros. Pero imitád su celo y ardor por la Fe, por la Religion y por el bien de los cristianos: incorporáos en sus filas, y estád dispuestos á pelear en defensa del honor de Dios, del decoro de su casa y de la virtud y felicidad de los fieles. Llegará el fin del mundo, y aparecerá san Miguel y sus ángeles peleando con el Dragon y los suyos; con el soberbio que pretendia ser como Dios, elevar su trono á las alturas del cielo y sentarse en el monte del Testamento. Sucumbirá, caerá en el lago profundo, de donde ni él ni los suyos, ni los impíos, ni los sacrílegos, ni los perseguidores, ni los inhumanos saldrán mas por los siglos de los siglos, ni se sabrá jamas su paradero: *et non prævaluerunt neque locus eorum inventus est amplius in celo.*

Santo arcángel Miguel, nuestro alférez y jefe distinguido, guíanos al combate y á la victoria; defiéndenos, en la batalla de este mundo y en la hora de nuestra muerte, de las asechanzas, astucias, engaños y poder del enemigo: pelea con nosotros y por nosotros, para que siempre victoriosos contigo, te acompañemos en la gloria por una eternidad. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN MIGUEL.

(DE ALMEIDA.)

Michael et angeli ejus præliabantur cum dracone.

Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon.

Apocalipsis, c. 12. v. 7.

Hoy tenemos en campaña al mas esforzado capitan de los ejércitos de Dios, el príncipe de la milicia celeste, el terror de los demonios; quiero decir, el grande arcángel san Miguel: le tenemos en accion, peleando él con los de su ejército contra los del ejército enemigo; con los demonios, que tambien son enemigos nuestros. Es preciso pues que ayudemos nosotros á la batalla, que nos llenemos de valor, de ánimo y esfuerzo para pelear varonilmente, si deseamos la victoria. Yo vengo resuelto á empeñaros en esta accion, y persuadiros con tres motivos fuertes á que peleéis contra el demonio. Peleemos con valor, porque son nuestros enemigos: este es el primer motivo. Peleemos con ánimo, porque tenemos el auxilio de san Miguel: segundo motivo. Peleemos con todas las fuerzas de alma, pues peleamos por la honra de Dios: tercer motivo. No se puede hacer mayor obsequio á san Miguel que el de seguirle y acompañarle en esta batalla, ni hay accion que mas nos interese.

Madre de Dios, ya que vos, aun mas que el santo arcángel, os interesáis en nuestra victoria, alcanzádnos fuerzas para vencer. Para pelear, como es justo, en esta batalla contra nuestros enemigos y los vuestros, pedimos la gracia de que estáis llena. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Escrito está que la vida del hombre es una continuada guerra sobre la tierra, y una guerra con enemigos astutos, infatiga-

bles y crueles, que nos tienen un odio entrañable: unos enemigos, que no se dan por satisfechos con bebernos la sangre, porque aspiran á perder nuestra alma: enemigos terribles, y sobre terribles, son muchos, y aún innumerables. Si se nos concediera verlos con los ojos del cuerpo, veríamos la superficie de la tierra toda cubierta de estos infernales monstruos, que nos cercan por todas partes. No penséis que podemos entrar indiferentemente en esta batalla, ó evitarla, porque es preciso pelear, y forzosamente hemos de vencer, ó ser vencidos. Esos infernales monstruos, que salen de los abismos á contienda con nosotros, ó se han de ver pisados á nuestros piés, como á los de san Miguel, ó ellos nos han de pisar furiosos las cabezas, y arrastrarnos hasta los abismos. De aquí no se ha de salir, sino con suma gloria, ó suma infelicidad. Si vencemos, están ya preparadas para nosotros aquellas sillas del cielo que perdieron ellos; y tambien si somos vencidos, están las cárceles y los tormentos intolerables, que allá en los abismos dispuso la divina venganza para ellos. Este es el fin que os conduce y empeña en esta empresa: ellos nos quieren compañeros en su delito, y para que lo seamos de su eterna infelicidad. Nuestra desgracia es todo su empeño, nuestros tormentos son su gloria, y su gusto nuestra ruína: solo con vernos perdidos para siempre, se dan por victoriosos: el odio con que nos miran, aunque lo podemos experimentar, no se puede explicar ni aun concebir: nos quieren mal, sin mas interes que querernos mal. Con nuestra suerte infeliz será mayor su tormento; pero el odio que conservan en sus entrañas, es tan refinado, que sufrirán ser todavía mas atormentados con tal que quedemos para siempre sin remedio. Á este fin se dirigen sus persuasiones, sus ardidés y su astucia.

¿Queréis ver el fin á que os van llevando? Veo, dice el apóstol san Juan, veo la tercera parte de las estrellas del cielo cayendo miserablemente en los abismos, arrastradas por la infame cola del dragon (1). ¿Qué son hoy todos esos ángeles del cielo que le siguieron? Horribles y formidables demonios: ántes brillaban como estrellas del firmamento; hoy arden como tizones de los abismos. En ellos veis vuestra suerte, pues seréis como ellos, si los seguís, dando oídos á sus consejos, ó rindién-

(1) Apocal. c. 12. v. 4.

doos á sus tentaciones. Cuando el aliento mortífero de este dragon llegó á envenenar así las estrellas del cielo, cuando cayeron precipitados los mismos ángeles por solo no haberle evitado ni resistido, ¿qué hará de nosotros, hombres miserables, que vivimos sobre la faz de la tierra?

Creédme, señores: es un enemigo falso y caviloso, es un tentador terrible, de rostro lisonjero, de corazón malévolo y de unas entrañas llenas de rencor. Nos brinda con deleites, honras y riquezas; mas sabéd que es todo engaño: él ofreció á nuestro padre Adán una fruta hermosa y suave al paladar; pero era un veneno refinado. Cuasi siete mil años há que el miserable Adán lo probó, y aún estamos sus hijos sintiendo sus efectos mortales: fíaos ahora de sus convites.

Quisiera, señores, que cuando el demonio os tienta con deleites, honras ó diversiones, hicieseis este serio discurso. El demonio tan amigo mio! tan zeloso de mi honra! ¡tan empeñado en que yo me divierta, y en que mis apetitos logren su entera satisfaccion, que me anda ofreciendo las ocasiones, que me persuade, me insta y vuelve á instar, me allana las dificultades, se ofrece á remediar los daños, y me promete siempre buenos remedios para lo futuro! Y esto el demonio! ¡Ah, no es él tan amigo mio, que así se interese en mi bien! ¿Acaso tiene tan buen corazón, que anda tan solícito, zeloso y empeñado en mis comodidades, sin pedírselo yo ni encomendárselas? Aquí hay traicion: cuando me persuade con tantas instancias, traicion: engañarme pretende como á otros muchos.

Yo no puedo dudar que me desea el mal, y que me tiene un odio entrañable: no lo puedo negar; y ¡no obstante me convida con diversiones, fortunas y felicidades! Ah falso, que me engañas! ¡Oh, qué mortal veneno tendrás escondido en los regalos que me ofreces! Dios me libre de aceptarlos: me basta ver las manos que me los presentan, para saber lo que contienen.

A cada momento, señores, nos está engañando el demonio; y esta es una desgracia que no admite disculpa. ¡Sabemos que es nuestro enemigo, y escuchamos sus consejos! ¡Es nuestro enemigo, y aceptamos sus presentes; las acciones, quiero decir, con que nos lisonjea! ¡Es nuestro enemigo, y estamos en paz con él! Retiráos, oyentes míos, retiráos, porque pretende perders: tomád las armas en las manos, sed fuertes, resistid á sus

tentaciones, peleád, ponéos contra él, siempre contra él, porque si llega á engañaros ó venceros, quedasteis vencidos para siempre.

Pero ¿quién somos nosotros, (dicen muchos, para disculpar la vergonzosa cobardía y flojedad con que abrazan los consejos del demonio, que es lo mismo que abrazarle á él) quién somos nosotros para resistirle? Nosotros somos flacos, él es fuerte; y ademas de esto tiene por aliados al mundo, á nuestro propio cuerpo, á nuestros sentidos, á nuestra imaginacion y memoria: todo es contra nosotros, de todo se vale para derribarnos; por donde quiera hay piedras en que tropezamos, lazos en que caemos, y saetas con que nos atraviesa. Nosotros bien queremos huir; mas no podemos, porque corre mas ligero que el viento, y casi siempre nos alcanza: queremos ocultarnos; pero en vano, porque en el lugar mas retirado nos acomete, entra en lo mas sagrado, y allí nos tienta: queremos resistirle con vigor; pero luego flaqueamos; y cuando proponemos con seriedad la resistencia, nos da en rostro con nuestra poca constancia. Son muchos los demonios que nos persiguen, son muy fuertes. Quién los vencerá! ¡y quién podrá escapar de su odio, de su poder y sus traiciones! Por último, nuestra misma experiencia nos desanima: mil veces nos esforzamos á resistirle, y mil veces damos en tierra, sin poder sufrir el peso de tan furiosa pelea. ¿Para qué pues, diréis, sirven los vanos esfuerzos, ni el empeñarse contra un enemigo tan poderoso y desesperado, siendo nosotros como una hoja seca juguete de los vientos?

Con que en fin ¿nos hemos de rendir á las tentaciones del demonio, dejándonos caer á sus piés? ¡Pero sufriremos que pise victorioso nuestras cabezas, y que el infernal dragon nos enrede en su cola infame, nos arrastre y precipite en los abismos! ¡Nos hemos de contentar, habiéndonos criado Dios para ocupar las sillas que él perdió en el cielo, con perecer y acompañarle en su desgracia! ¡Podremos llevar á bien, que siendo todos hijos de Adán, de la misma carne frágil, y todos redimidos por Jesucristo, suban al cielo victoriosos tantos millares de santos, al mismo tiempo que nosotros, igualmente flacos que estos, seamos sepultados en los abismos! Los santos, semejantes á nosotros en la naturaleza, en las fuerzas, en los enemigos y tentaciones, para siempre alegres en el cielo; ¡y nosotros para siempre tristes, para siempre infelices, y para siempre blas-

femando, desesperados con nuestra misma desgracia! ¡Oh cómo aflige esto los ánimos, y no puede considerarse sin susto y perturbacion de espíritu! Luego es preciso resistir. Mas con qué fuerzas y auxilios? Con las fuerzas de Dios, el socorro de san Miguel, que es el segundo motivo para animaros á esta grande batalla.

PARTE SEGUNDA.

Tenéd valor, católicos, tenéd valor; no temáis el formidable poder de vuestros enemigos: á esos mismos enemigos, que tanto teméis, los he visto yo vergonzosamente vencidos por niños de tierna edad, por doncellas delicadas y ancianos decrepitos, que apenas podian ya arrastrar por la tierra sus cansados miembros; mas vencieron al demonio, le vencieron muchas veces, y llegaron á burlarse con gran tranquilidad de toda su furia y osadía. Ahora pues, si él no es mas fuerte, ni nuestra naturaleza con la gracia es mas flaca, y Dios tampoco es menos poderoso, invoquemos sus auxilios, y venceremos: sigamos á san Miguel, y cantaremos la victoria. Como un rayo despedido de una nube, que en un abrir y cerrar de ojos se sepulta en la tierra, cayó desde el empíreo el atrevido Lucifer, atravesado de la penetrante espada de este santo arcángel.

Tiembla Lucifer y se estremece al oír el respetable nombre de san Miguel: invoquémosle, y huirá de nosotros. Miguel quiere decir, *quién como Dios?* y al hacer esta pregunta se llena el corazon de ánimo, y el infierno de terror.

No creáis que cuando resistís al demonio, peleáis desamparados, pues Dios está con vosotros, con vosotros está san Miguel, y con vosotros pelean todos sus ángeles. San Miguel y sus ángeles están contra el Dragon y los suyos; pero los nuestros son mas numerosos, mas valientes y esforzados, pelean ya victoriosos, y no hay motivo de temer. La tercera parte de los ángeles se rebelaron contra Dios, y siguieron á Lucifer; pero las otras dos partes siguen á san Miguel, y son nuestros auxiliares. Para cada uno de los demonios tenemos dos ángeles: tomemos con seguridad el partido de Dios, y venceremos.

Sosegád de vuestro susto, y entrád en cuentas con vosotros mismos. Ya estáis en el campo de batalla: no podéis permanecer indiferentes; preciso es que elijáis partido. En sentencia

de Jesucristo pronunciada por su divina boca, el que no es de su bando, es contra él; *Qui non est mecum, contra me est* (1); ó habéis de militar por Cristo, ó por el demonio; ó habéis de hacer la guerra al demonio, ó á Jesucristo, á san Miguel y á sus ángeles. Pero si teméis al demonio, ¿con cuánta mas razon debéis temer á este arcángel victorioso? No elijáis el partido de los que son ménos, de los que son rebeldes y vencidos, contra el partido de los que son mas, de los fuertes y victoriosos, y contra las armas del mismo Omnipotente.

Oyentes míos, desengañaos; ó resistir seriamente á todo lo que es tentacion, ó disponerse á tener por contrarios á san Miguel, á sus ángeles y al mismo Dios, por cuya causa pelean. Militan estos contra el demonio y sus aliados: si abrazáis el consejo del demonio, sois sus aliados, y sobre él y sobre vosotros vendrá la ira de Dios, y la espada de san Miguel, y tarde ó temprano no la podréis evitar. Cuando Lucifer no pudo soportar el pesado golpe de la espada de san Miguel, ¿lo podréis sufrir vosotros los que tanto alegáis vuestra flaqueza?

Si sois flacos y débiles, por lo mismo debéis resistir al demonio, porque debéis agregaros al partido mas fuerte y vencedor. Si sois flacos, ¿cómo os habéis de atrever á resistir al Todopoderoso, ni tener ánimo para medir la espada con san Miguel? Sois flacos? Pues ponéos debajo de sus alas, para que os ampare, y no queráis caer debajo de su espada, para que os castigue. Sois flacos? Pues huid del demonio que tambien lo es; y si este no puede valerse á sí mismo, ¿cómo os podrá favorecer? Si sois flacos, ponéos entre los ángeles; quiero decir, vivid como los justos en gracia de Dios; y así Dios como los ángeles os defenderán de vuestros enemigos. No niego que sois flacos; pero Dios es poderoso, y en esta contienda con el demonio no solo defendéis vuestras almas, sino tambien la causa de Dios. Dios os debe amparar, y no os faltará: este es el tercer motivo para que empeñemos todas las fuerzas en la resistencia.

PARTE TERCERA.

La causa que en esta contienda con el demonio se disputa, es la honra de Dios: esforcémonos pues; peleemos como robus-

(1) *Matth. c. 12. v. 30.*

tos, porque defendemos la honra de nuestro Dios. Se rebeló Luzbel contra el Omnipotente, y llegó á decir atrevido: seré semejante al Altísimo, colocaré mi trono sobre los astros de Dios (1). Oyó san Miguel ultrajar de este modo la honra de Dios, salió al campo, y salieron todos sus ángeles: salgamos tambien nosotros, ayudemos á defender la honra de nuestro Dios, que los demonios pretenden ultrajar.

Cuando el demonio os tienta á cometer un pecado, no advertís bien la refinada malicia de su tentacion. Ah, fieles! si bien lo reflexionais, seria muy difícil que os rindiese. Lleno de cólera, de rabia y de ira contra el Omnipotente, quiere ofenderle y vengarse; y no contento con las sacrílegas blasfemias que vomita contra el cielo, procura (este es su empeño principal) que lleguen á despreciarle aún las criaturas miserables que formó del barro. Cuando los hombres forjan en su imaginacion modos de tomar venganza de algun enemigo vil, procuran afrentarle de nuevo, no queriendo vengarse con sus propias manos, porque temen honrarle con la misma venganza; y así le castigan, injurian y afrentan por manos de algun esclavo vil, ó de otra persona abatida: no de otra suerte procede el demonio, cuando nos tienta á ofender al Señor. ¡Á tanto llega su atrevimiento, y atrevimiento contra Dios!

Nosotros, viles criaturas; nosotros, tierra, lodo, polvo y abatimiento; nosotros, esclavos del demonio por la servidumbre en que nos ha puesto la culpa; nosotros somos por naturaleza mas viles, pues al fin ellos son ángeles; nosotros somos los buscados, para que injuriemos con nuestras propias manos al Señor que nos formó, al Dios á quien pretenden ultrajar con el mayor desprecio; y porque saben que el Señor recibe de nuestras afrentas mayor injuria, por eso mismo nos convidan, nos tientan, solicitan, y aún procuran comprarnos, para que en despique de su rabia le ofendamos. O mi Dios, qué horror! Te damos, dicen los demonios, ese dinero, injuria á tu Dios y peca. Y ¿habrá criatura que acepte el interes que ofrece el demonio, y que no dude afrentar á su mismo Dios con las propias manos? Ó abominacion horrible!

Á otros compran los demonios con la honra, y dicen: nosotros haremos que seas estimado y tenido en mucho, como tú

(1) *Isai. c. 14. v. 13 et 14.*

desprecies á Dios con esta culpa, y te burles de su ley y del legislador. Y hay criatura tal, que por verse estimada de los hombres desprecia á Dios, y pisa su ley sacrosanta. Qué confusion! A otros compran los demonios con deleites, y dicen: nosotros te facilitamos ese torpe gusto, con tal que tú nos des, pecando, el gusto de injuriar á tu Dios en lo mas vivo de su honra. Y hay cristianos que aceptan el partido, y por satisfacer al apetito bruto, no temen, no dudan, no rezelan levantar atrevidamente la mano contra el Todopoderoso, y hacerse fuertes contra el Omnipotente, como dice Job (1). O glorioso san Miguel! y ¿en dónde está la honra de Dios que defendéis con tanto zelo? Un solo pecado que haga un cristiano ultraja mas en cierto modo la honra de Dios, que muchos del demonio.

Esos hijos suyos mas acariciados, dicen los enemigos del Altísimo, por quienes murió, á los que da su corazon, su alma y su cuerpo por sustento en la eucaristía; esos mismos hemos de hacer nosotros que le afrenten á nuestro gusto: de estos, por estar obligados por tantos títulos á amarle, si le llegasen á ofender, sentirá Dios en lo vivo de su corazon las afrentas que le hiciesen. Estos sí que le pueden injuriar á nuestra satisfaccion. Creédme, hermanos, con este fin os rodean los demonios, os convidan y tientan; y vosotros pacíficamente caéis y abrazáis la tentacion. ¡Ah infames instrumentos del demonio, qué poca guerra haria él á Dios, si vosotros no le ayudaseis! No seria tan enorme la afrenta contra la honra de Dios, si no fuese por nosotros, que fuimos criados para dar honra y gloria á nuestro Dios. Nosotros somos los desgraciados instrumentos, de que se sirven los demonios para herir á Jesucristo en lo vivo de su corazon. No se puede ponderar lo grande de este delito.

Dar honra á Dios: ¡puede haber cosa mas noble ni mas gloriosa! Poder un rey honrar á un vasallo, es gloria de la majestad, y no fuera la corona tan estimable, si no pudiera comunicar honra á los inferiores: mucho mas glorioso es el dar un vasallo honra á su rey. Pues! qué será dar una criatura honra á su Dios, y á un Dios que es el agregado de toda perfeccion, de toda gloria y grandeza; á un Dios fuente de toda honra, magnificencia y majestad; á un Dios independiente y universal Señor; á un Dios, que es en sí todo lo que es bueno, magní-

(1) Job, c. 15. v. 25.

fico y grande! Y ¿á este Dios puedo yo dar todavía gloria y honra? Sí: y está en mi mano y no lo hago, ántes cuanto es de mi parte la doy á sus enemigos. ¡Ó mi Dios, qué aborrecible ingratitud!

Ahora reflexionád conmigo, hermanos míos: la disputa es sobre la honra de Dios, y se controvierte si ha de ser exaltada ó abatida. Los ángeles nos buscan, para que le glorifiquemos; los demonios nos convidan á despreciarle; y nosotros no damos la honra á Dios, sino que le despreciamos, y decimos con los demonios que nos tientan: *sea Dios ofendido, sea injuriado*; cuando debiéramos decir con los ángeles: *Dios sea exaltado, obedecido, glorificado: quién como Dios?* ¡Oh, que no se pondera dignamente, ni es creíble tanta enormidad! No es creíble, pero se ejecuta.

Mas diré: Dios me ha honrado á mí, y esto de muchos modos: me honró en la creacion, haciéndome su imágen; me honró en el bautismo, haciéndome su hijo; en la encarnacion, haciéndome su hermano; en la eucaristía, queriendo hacer de mi indigno pecho su morada: me honró tratándome y declarándome como amigo suyo, haciéndome heredero de su reino; tomando por su cuenta las injurias que me hiciesen, para vengarlas y castigarlas como si fuesen suyas: se apartó de todos aquellos que gravemente me ofendieron, y no quiere congraciarse con ellos, miéntras no se reconcilien conmigo: por último Dios me ha honrado de innumerables modos, siendo yo barro y corrupcion; y lo que es peor, siendo enemigo suyo: en una palabra me honró con exceso, como dice David: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus* (1). Ahora ha llegado la ocasion de defender la honra de Dios; ¡y no la defiende! La pretenden los demonios ultrajar, me convidan; ¡consiento, los ayudo, y soy un instrumento infame con que hacen guerra al Omnipotente! Ah! hermanos míos, abramos los ojos y veamos lo que hacemos; abramos los ojos y veamos á quién servimos; abramos los ojos y veamos bien contra quién peleamos, cuando caemos en la tentacion.

Hasta aquí teníamos al demonio un odio falso, porque en la realidad le estábamos sirviendo, haciéndonos de su partido contra Dios. Qué desgracia! Retirémonos, pues que nos en-

(1) Psalm. 138. v. 17.

gaña. ¡Ah enemigo cruel y traidor, que me has tenido ciego! Venguémonos ahora de él, venguémonos: hijos de Dios, tomád las armas en la mano, hacéd la guerra al demonio, guerra viva y constante, sed fuertes, y de corazon robusto; pues peleáis con san Miguel, peleáis por la honra de vuestro padre y de vuestro Dios: vive Dios, que serán destruidos todos los enemigos (1), y serán como el polvo delante del viento, decia David (2). Bastará el soplo de la ira de Dios para disiparlos y destruirlos: peleamos la guerra del Señor, ánimo: peleamos por nuestra salvacion, constancia: peleamos contra unos enemigos mil veces vencidos, no temamos: allí está san Miguel pronto á socorrernos. Resolvamos hacer desde hoy contra los demonios resistencia fuerte, resistencia hasta morir, resistencia hasta conseguir la sillas que ellos perdieron, y que nos esperan en la gloria. Amen.

(1) *Psalm. 67. v. 2.* (2) *Psalm. 34. v. 5.*

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA DEDICACION

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Consurget Michael, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui.
Saldrá el grande príncipe Miguel para defender los hijos de tu pueblo.
Daniel, c. 12. v. 1.

Católico y religioso pueblo: al contemplaros hoy reunidos en este santo templo, tributando los anuales obsequios que de largo tiempo vienen formando el testimonio mas auténtico de vuestra confianza en la proteccion benéfica de vuestro insigne patron el arcángel san Miguel, sorprendida mi imaginacion á vista de vuestra piedad en unos dias tan aciagos y tristes, parece que me traslado á la ciudad de Babilonia, y que escucho las palabras que al jóven Daniel dirigió el ángel por mandado del Señor, para consolar la afliccion que le causaban los males sin cuento que veía venir sobre su desventurada patria y sobre toda la nacion santa del pueblo de Dios. Afectado sobre manera gemia el profeta, al ver la destruccion de la tierra ilustre de la Judea, que habia de ser consumada por la perfidia de un rey sanguinario del Norte, que entrando á sangre y fuego en aquel país mal aventurado, talaria sus campos, llenaria de oprobio sus habitantes, y reduciria á todos á la mas bárbara y ominosa esclavitud. Nada se ofrecia á la imaginacion del virtuoso jóven sino hierros, sangre, lamentos, desolacion, exterminio. Contempla hollado el testamento santo de Dios; Jerusalem víctima del pillaje de un monarca impío y sumamente procaz; los ídolos falsos ocupando el sitio del Dios de Sabaot y domi-